

ORANDO CON LA PALABRA

(30º Domingo. Tiempo ordinario)

“ Dijo Jesús esta parábola a algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos, y despreciaban a los demás: “Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era un fariseo, el otro un publicano. El fariseo ,erguido, oraba así en su interior: “¡ Oh Dios ¡, te doy gracias, porque no soy como los demás; ladrones, injustos, adúlteros, ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo”. El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sólo se golpeaba el pecho diciendo :” ¡Oh Dios! , ten compasión de este pecador”. Os digo que este bajó a su casa justificado y aquel no. Porque todo el que se enaltece será humillado y el que se humilla, será enaltecido”

(Lc. 18,9,14)

De nuevo Jesús, con sus parábolas, nos muestra de forma sencilla y expresiva, cuales son algunas actitudes que deben de identificar a sus seguidores.

Con la parábola del “fariseo y el publicano“, la Palabra nos presenta dos formas diferentes de relacionarse con Dios, dos posturas que expresan actitudes muy distinta de vivir la fe y la oración, dos modelos que indican respectivamente el reconocimiento de la propia debilidad y la autosuficiencia de quien se considera perfecto. Actitudes que, a veces, se entremezclan en nuestra propia forma de vivir.

El fariseo, seguro de sí mismo y de sus principios, alardea de su fidelidad en el cumplimiento de la ley. Ha subido al templo con postura erguida del que se considera fuerte y virtuoso, ha subido a mostrar sus méritos más que a encontrarse con su Dios.

El publicano, que se sabe y se reconoce pecador, se acerca humildemente, confiando en la Misericordia de Dios. Su oración, breve y sencilla: “¡Oh Dios, ten compasión de este pecador!” está mostrando actitudes básicas del creyente: humildad, autenticidad y confianza.

Cuánta actitud arrogante se da en nuestra sociedad ., por parte de quienes se consideran poseedores de la verdad, de las opiniones más acertadas, que defienden desde su posición de poder o de prestigio, sin escuchar ni acoger otras voces que, sencillamente ofrecen y viven otras alternativas.

¡Cuántas veces nuestros gestos personales y colectivos, no tiene el rostro del publicano humilde que muestra su confianza en el único que puede salvar !,
¡Cuántas, quizás demasiadas veces, mostramos la autosuficiencia del que se considera fuerte, mejor que los demás y mantiene una postura despreciativa hacia los que considera menos dignos!.

Que reconozcamos humildemente cuales son nuestras actitudes y dejemos que la Palabra entre, actúe y nos transforme.

ORACIÓN

Hoy, Señor,
subo al templo
con el fariseo y el publicano.
Quisiera,
que en silencio y junto a ti,
tu Presencia hecha Palabra
iluminara mi mente
y mi corazón,
para tomar el pulso a mi vivir cotidiano.
Para reconocer
los sentimientos y actitudes,
que, en mi vida,
son valores de tu Reino.
Y también para descubrir
lo que necesitaría cambiar
para llegar a ser
lo que tú esperas de mi.

¡Cuántas veces, Señor!
me acerco al templo,
a mis hermanos, a la vida,
con la postura autosuficiente
del fariseo,
segura de mis criterios,
prepotente en las tareas y servicios,
tranquilizando mi conciencia,
con el cumplimiento rutinario
de ritos y normas,
juzgando a los demás,
desde mi propia parcialidad
mi mirada turbia, o mi desconocimiento.

Haz, Señor,
que ante tu luz y tu Palabra,
reconozca los sentimientos y actitudes
que necesito modificar.
Dame un corazón
sencillo y humilde
como el del publicano,
que no se apunta logros ni méritos
sino que se inclina desde su pobreza,

confiando en tu Misericordia,
que libera y salva.

Que me acerque a Ti, como soy,
a corazón abierto.
Sabiéndome
radicalmente necesitada de Ti.
Confiando
en que en Ti está la luz
que ilumina mis sombras,
está la fuerza que me impulsa a cambiar,
a seguir en pie, a caminar.
En Ti está la paz,
que serena inquietudes y temores,
envolviendo mi vulnerabilidad
en la confianza de saberme acogida
en Ti.

Haz, Señor,
que los que creemos en Ti,
los que compartimos tu pan y tu palabra
en Iglesia,
vivamos y mostremos
el rostro humilde y sencillo
de tus seguidores.
Que en nuestra Iglesia, en nuestra Comunidad,
en nuestros grupos,
no sea lo importante
mantener una postura firme,
prepotente, inflexible,
que se erija en juez
de conductas y modelos de vida.
Sino que como Tú,
vivamos y hagamos de la Iglesia,
un espacio sencillo, humilde,
que, en actitud de servicio,
se abra a todos los que la necesitan,
que sea presencia acogedora
de los que comparten,
el regalo y la alegría de tu Misericordia.

Amén.

(Hna. Oyonarte)

